

mentira, y otros muchos errores. Á sus absurdas teorías correspondían los hechos. El Abad de Santa Genoveva, enviado á Tolosa después de una incursión de los Albigenses, nos ha dejado de sus desórdenes esta terrible descripción: "He visto, dice, en todas las calles las Iglesias incendiadas y destruidas hasta los cimientos; he visto las moradas de los ciudadanos convertidas en guaridas de bestias feroces." ¡Y pensar que hubo entre los grandes señores quienes protegieran y acaudillaran á estos foragidos! ¡Raimundo, Conde de Tolosa! Tu nombre debería ser más execrado que el del personaje más ó menos legendario que conocemos como el Conde Don Julián. Anatema al que rompe la unidad religiosa de un país! ¡Anatema al que emplea el poder y la autoridad que el Señor le ha concedido para tutela del pueblo cristiano, en proteger el cisma y la herejía, en destruir los templos del verdadero Dios ó en darlos al culto de Satanás! ¡Raimundo, Conde de Tolosa! Lo que te ha salvado de la execración universal ha sido la penitencia que hiciste, una vez vencido, ó mejor dicho, atraído por San Luis. Al verte, en presencia del santo Rey, entrar con pie desnudo y cubierto de cilicios, á la Catedral de Nuestra Señora y recibir allí la pública absolución de tus crímenes, se desarma nuestra ira; y en vez de maldecirte, rogamos á Dios imiten tu penitencia cuantos te han imitado en tu desenfrenado afán por proteger la herejía. San Luis la destruyó, ya aliándose en lo religioso con San Francisco y Santo Domingo, ya por medio de leyes represivas, ya, en fin, por medio de las armas, porque Luis el Nono fué no sólo un sabio gobernante, sino también un gran batallador.

II

¡Un santo en el campo de batalla! ¡Un santo á caballo, rompiendo las filas enemigas y derramando sangre! Extraño parece este cuadro, y sin embargo es bello y grandioso. Por mucho que lamentemos la guerra, hay veces en que la perversidad humana la hace necesaria, y en que la gloria de Dios obliga á sus escogidos á blandir la espada vengadora.

Volvamos los ojos por un momento á Francia durante los primeros años del reinado de San Luis y la regencia de Doña Blanca. Contra ambos se coligan no pocos señores capitaneados por el Conde de Bretaña, y llaman en su auxilio al Rey de Inglaterra. Ved al tierno monarca, que saltando de los brazos de su madre, se pone á la cabeza de su ejército á los catorce años de edad. Miradlo en el rigor del invierno sitiar la fortaleza de Bellesina, defendida por numerosa guarnición y reputada inexpugnable. El niño-general prueba una vez más con su arrojo y pericia, el axioma hoy día universal, que no hay plaza *inexpugnable* que merezca ese nombre, y entra victorioso dentro los muros de la rebelde ciudad, obligando al Inglés á cruzar de nuevo el estrecho y tornar á sus hogares.

Si tamaña empresa acomete en edad tan tierna, ¿qué no hará cuando su alma y su cuerpo se hayan robuste-

cido con los años y con la experiencia? Dígalo el rebelde Conde de la Marca, que ufano con los refuerzos ingleses, le libra batalla en Taillebourg. Ved al joven rey, que haciendo al mismo tiempo el papel de general y de soldado, forma los planes, inspecciona sus tropas, y libra sus órdenes siendo el primero en ejecutarlas. Ni de día ni de noche se quita la pesada armadura, casi ni un momento baja del caballo, recorre él mismo los puestos avanzados, se le ve dondequiera incansable. No es maravilla que acometiendo al frente de sus huestes el memorable 20 de Julio de 1242, desbarate en un momento al enemigo, y lo derrote y lo persiga, obligándolo al día siguiente á presentarle de nuevo batalla, en que más completamente lo humilla y destroza, forzando á los rebeldes á someterse, á los extranjeros á huir lejos de sus dominios.

Pero ¡ay! las continuadas fatigas del campamento le han causado peligrosa dolencia, que lo tiene varios días entre la vida y la muerte. ¡Y no hay que extrañarlo por cierto! ¿Creéis acaso que, cual los antiguos atletas, unge su cuerpo con óleo suave y gratos perfumes para prepararse á la lucha? ¿Creéis que se robustece con abundantes y delicados manjares? ¿Os figuráis que se entrega al reposo y á los placeres, cuando la milicia le deja un momento libre? Sabed que con rigurosos ayunos se fortalece para resistir el peso de la armadura y de las largas vigili-
 Al desceñirle la coraza para recostarlo en el lecho casi de muerte en que se halla postrado, se le han encontrado ásperos cilicios. Jamás abandona sus prácticas ordinarias de piedad aun en medio de los ejercicios militares, y de él puede decirse lo que más tarde exclama

maba San Bernardo, refiriéndose á los caballeros del Templo: es león en el combate y cordero en tiempo de paz; no es posible definir si es monje con corona real ó soldado disfrazado de monje.

Durante su penosa enfermedad tuvo el rey una especie de letargo de varios días, y al despertarse manifestó una resolución que llenó de gozo, al par que de tristeza, á su santa madre y á sus fieles súbditos. ¿Fué orden celestial? ¿Fué visión? ¿Fué sueño? Sea lo que fuere, recobrada apenas la salud, se puso al frente de piadosa cruzada, y seguido de los príncipes de la casa real, de muchos grandes señores, y de numeroso y lucido ejército, marchó contra los infieles, haciendo de Egipto el teatro de sus primeras operaciones.

Late de entusiasmo todo corazón cristiano y caballeresco al ver las hazañas del ejército cristiano frente á Damietta. ¡Qué disciplina, qué valor, qué pericia, qué arrojo! ¡Cuán bien maniobran las naves francesas! ¡Qué ligereza, qué precisión de movimientos en ellas se advierte! ¡Qué espíritu de obediencia anima á los generales y aun á los príncipes! No es maravilla que todo ceda á la armada Francesa, y que vencidos por mar y tierra, abandonen los Sarracenos la plaza más fuerte de Oriente, la llave de Egipto y de Palestina. ¡Gloria al invicto caudillo, gloria al santo Rey nuestro patrono! En vez de entrar á sangre y fuego, en vez de llegar como triunfador, penetra como Apóstol y penitente en Damietta y trata de convertir, no de aniquilar, á los vencidos.

¡Pero oh desgracia! Si santo es el Rey, los soldados parecen animados del espíritu infernal. Mientras Luis se entrega á la oración y pasa las noches en santas vigili-

su campamento se convierte en inmenso lupanar, y la disolución y el escándalo imperan en el ejército cristiano. Vienen con la prostitución todos los vicios, hijos ó consecuencias de la misma. Se relaja la disciplina, se enerva el valor, desaparece la obediencia. Las virtudes y penitencias de Luis, gran santo como es, no bastan á desarmar la cólera divina, justamente irritada por tantos desórdenes, y la victoria abandona á los soldados de la Cruz.

¡Mansura, Mansura! ¡Con qué tristeza contemplo tus campos! ¡Con qué amargura me siento á llorar en la ribera de tu caudaloso río, enrojecido con sangre cristiana! ¡Qué bello ejército el cruzado! ¡Qué espléndidas armaduras sacan á relucir los príncipes de Francia, y los grandes señores que acaudillan tan numerosas huestes! ¡Quién al ver á su frente al vencedor de Taillebourg y de Damietta no le auguraré la victoria! Admirables son las disposiciones, precisas las órdenes del santo General. Pero nadie las obedece, la disciplina se ha perdido en pocas semanas, y todo se vuelve confusión y desorden desde el primer momento.

¡Oh Conde de Artois! ¿Por qué no aguardas antes de atacar, á que suene la trompa en el cuartel real de tu santo jefe y hermano? ¿Por qué no das la vuelta que se te ha ordenado? ¿Por qué pretendes cruzar el Nilo en ese lugar tan peligroso, por donde caminas con tu brillante caballería, á una muerte segura?

No presenciemos, hijos míos, la funesta derrota: no veamos caer á la flor de la nobleza francesa; no miremos esa multitud de cautivos, muchos de los cuales, en justo castigo de sus costumbres licenciosas y de su desobediencia, se ven abandonados de Dios y pierden no sólo la li-

bertad del cuerpo, sino el dón precioso de la fe. Entremos, sí, en la mazmorra que abriga al Rey prisionero, y detengámonos á contemplarlo despacio, porque allí es más grande, más sublime, más heroico, más santo, más hermoso, que cuando hace poco lo mirábamos recorrer vencedor los campos de Taillebourg, ó entrar triunfante en Damietta.

Miradlo: el poderoso rey de Francia casi no tiene con qué cubrir su desnudez. Apenas puede conseguir una librea de lacayo, para poder dejar los harapos que ya caen á pedazos de su magullado cuerpo. Pero aun allí continúa su vida de monje. Se regocija al ver que su libro de salmos se ha salvado del saqueo general, y que la crueldad musulmana no ha osado quitárselo, y lo tiene siempre abierto delante de los ojos, pasando las horas en no interrumpida oración. ¡Qué dignidad, qué entereza, qué majestad en medio de tantos sufrimientos! ¡Cómo provée al bienestar de sus súbditos y á la libertad de los otros cautivos antes que á la suya propia! Pretenden exigirle un juramento que él considera blasfemo, y se resiste obstinadamente, aunque esto prolonga su cautiverio y hace más dura su prisión. No es maravilla que, en vista de tanto heroísmo, el odio de los Sarracenos se convierta en admiración, y no sólo le den la libertad, sino que aun pretendan hacerlo su propio sultán.

Siento, hijos míos, no poder haceros seguir á San Luis en su expedición á San Juan de Acre, en su peregrinación á Nazaret, en su vuelta á Francia, en su retorno á Oriente. Es tiempo de admirar sus virtudes en el hogar, antes de asistir á su santa muerte.

III

Harto familiar os es el cuadro que ofrece el tierno niño, arrodillado cada noche á los pies de la Reina Blanca su madre, quien le repite diariamente las bien conocidas palabras: "Hijo mío, sabes cuánto te amo, pues preferiría verte caer muerto delante de mis ojos antes que cometieses un sólo pecado mortal." Menos conocido es el diálogo que, ya en la flor de la juventud, tuvo el Rey con uno de los grandes de su corte, el señor de Joinville. "¿Qué preferirías (le dijo), verte cubierto de lepra, ó mancharte con un pecado mortal?"—"Treinta pecados gravísimos cometería yo de buena gana (contesta el poco cuerdo señor), más bien que verme atacado de tan asquerosa enfermedad."—"¡Insensato! (replica el Rey). Ignoras de cierto lo que es ofender á Dios. Sábetelo que no hay mayor desgracia en el mundo que el hallarse en pecado. Por mucho arrepentimiento que se tenga en seguida, no es posible, á la hora de la muerte, estar cierto de que el Señor lo haya perdonado."

Atended, almas cristianas, á esta memorable sentencia de vuestro augusto Patrono. ¡Cuántas veces, aun personas por otra parte piadosas, no temen contraer voluntariamente alguna mancha mortal, en la confianza de que más tarde el arrepentimiento y la absolución obtendrán del Padre de las Misericordias fácil perdón! Meditadlas atentamente, y ved que el santo temor de Dios guíe siempre vuestros pasos como los de San Luis.

Y no obstante, la calumnia hincó en él y en su santa madre su envenenado diente. Tenía el rey diez y nueve años; era de gallardísima presencia, y no se figuraban los cortesanos que en medio del aire corrompido de la corte pudiera conservar su virtud. Juzgándolo por sí mismos, lo acusaron de crímenes vergonzosos, y osaron decir que la Reina Blanca todo ocultaba, todo toleraba, deseosa sólo de que la dejasen gobernar en paz. ¿Sabéis la respuesta de aquella insigne mujer, cuando llegaron á sus oídos semejantes calumnias? No creáis que lanzara maldiciones contra las lenguas viperinas que osaban atacarla. Con mansedumbre singular respondió: "Os confieso que amo con delirio al Rey mi hijo; pero si lo viese en peligro de muerte, y para salvarlo bastase permitirle que ofendiera á Dios, el mismo Dios me es testigo que no vacilaría en dejar morir á ese hijo que amo tanto, porque lo amo como debo amarlo."

No, piadosa princesa, no temas que tu hijo manche su bautismal inocencia. Santo como rey, será santo como hombre. Ved como á medida que avanza en años, avanza en piedad. La oración, la penitencia son su alimento, y aun en las campañas y en los largos viajes de mar, conversa continuamente con Dios y no deja ni un solo día de rezar el Oficio Divino. Cada semana purifica su alma en el tribunal de penitencia; y al terminar su confesión sacramental, arroja al suelo el regio armiño y desnudándose las espaldas, sufre de manos del mismo confesor, sangrienta disciplina. En el campo y en los palacios, más bien que rey parece apóstol. Con la palabra y con el ejemplo, lo mismo que por medio de doctos predicadores, instruye continuamente á cortesanos y solda-

dos. Sirve todos los días la mesa á varios pobres que hace penetrar hasta el interior de su alcázar, y con los enfermos y heridos se porta con caridad inimitable.

¿Recordáis cómo al cabalgar por los campos de Mansura los halló regados aún por cadáveres de cristianos, insepultos y en estado de asquerosa putrefacción? De nada sirven las exhortaciones y las órdenes. Nadie quiere exponerse á la peste terrible de Oriente, llenando con los restos de sus hermanos el último deber. Entonces el Rey mismo baja del caballo, y penetrando en aquel montón de cuerpos putrefactos, empieza con sus propias manos á sepultarlos, hasta que su ejemplo conmueve á caballeros y soldados, y practican por fin, aunque no sin peligro, esta obra de misericordia.

Para un hijo tan amante y piadoso, que tanto debía á su madre, y que con ella y por ella había siempre reinado, bien podéis figuraros qué golpe terrible sería la muerte de tan insigne mujer, acaecida nada menos que cuando agobiado por los reveses, se hallaba todavía en el remoto Oriente. Las crónicas nos lo pintan dominado al principio por el dolor, vencíéndose en seguida y exclamando luego como Job: El Señor que me concedió tan santa madre se ha dignado quitármela y llevarla á su seno. Bendito sea su santo nombre.

Pero ya es tiempo, hijos míos, que presenciemos la partida de aquella alma bendita para el reino celestial. No os imaginéis encontrar al moribundo monarca tendido en mullido lecho, en alguno de sus regios alcázares. En tierra extraña, en pobre alojamiento, recibe el aviso que ha llegado su hora postrera. Ansioso siempre de libertar el Santo Sepulcro, ha vuelto á Oriente á la

cabeza de numeroso ejército; y en las playas inhospitables del Egipto, diezma la peste á sus soldados, le arrebató lo más florido de sus caballeros, siega la existencia de uno de sus hijos y del Legado Pontificio, y acomete por último al Rey. Miradlo tendido sobre un montón de cenizas, y aguardando la muerte en actitud penitente. Escuchad las últimas palabras que dicta á su hijo y heredero el príncipe Felipe:

“Hijo mío, el primer consejo que te doy es que ames á Dios con todo tu corazón y todas tus fuerzas. . . . Antes que ofenderlo, deja que hagan tu cuerpo mil pedazos. . . . Sé tiernamente devoto de la Virgen Santísima y compasivo y liberal para con los pobres. No sufras jamás en tu presencia conversaciones libertinas, escandalosas, maldicientes. Castiga severamente las palabras injuriosas á Dios, á la Virgen y á los Santos. Impide toda violencia contra los eclesiásticos y ama á los religiosos y favorécelos. . . . Antes de emprender guerra alguna, pon todos los medios para conservar la paz. . . . Respeta á la Iglesia Católica, y venera al Papa como á tu padre. Impide todo el mal que pudieres. . . . No hagas gastos locos y superiores á tus fuerzas. . . . No impongas contribuciones injustas.”

¡Oh Luis de Francia! envía á mi pueblo las mismas bendiciones que á tu hijo, y alcánzale la gracia de seguir los consejos que antes de volar al cielo le diste.

ASÍ SEA.